

ILUSTRACION ARTISTICA

AÑO VII

←BARCELONA 23 DE JULIO DE 1888→

Núm. 343

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA

NUESTROS ARTISTAS



MI MODELO, dibujo de D. Laureano Barrau, grabado por Sadurní

SUMARIO

TEXTO. - *Nuestros grabados.* - *La rendición de Gerona*, por don Luis de Llanos. - *Exposición universal de Barcelona*, por don J. Yxart. - *En el palacio de la Industria*, por don M. A. - *La verdad y la mentira* (conclusión), por don Carlos Coello.

GRABADOS. - *Mi modelo*, dibujo de don Laureano Barrau. - *Retrato de D. Laureano Barrau*, copia directa de una fotografía. - *Una página del álbum*, de don Laureano Barrau. - *Preparativos de fiesta*, cuadro de don Juan Muzzioli. - *Vifredo el Velloso*, primer conde soberano de Barcelona. - *El almirante Roger de Lauria*. - *El canónigo Pedro Albert*. - *Otoño*, cuadro de Veyrassat. - *Suplemento artístico LA RENDICION DE GERONA.* - 1809.



DON LAUREANO BARRAU, copia directa de una fotografía

NUESTROS GRABADOS

PREPARATIVOS DE FIESTA

cuadro de J. Muzzioli

El autor de este cuadro es uno de los artistas más renombrados de la moderna Italia. Sus obras son tan estimadas, que muy pocas de ellas se conservan en su país: los americanos se han empeñado en expatriarlas, y á falta de mejor derecho, ofrecen y pagan por ellas más dinero. Después de todo, el pintar buenos lienzos no priva de sacar por ellos lo más que se pueda. Dos cosas hay perfectamente cosmopolitas, las buenas obras de arte y las monedas de oro.

Viniendo al cuadro de Muzzioli, representa una escena del hogar romano. Dos hermosas jóvenes confeccionan grandes guirnalda de flores destinadas á decorar la casa con motivo de una próxima fiesta, una boda muy probablemente. La buena disposición de ánimo de esas jóvenes las hace acoger con hilaridad las palabras de un esclavo, que no parece atearse gran cosa. En cualquier otro caso, semejante libertad hubiera valido unos cuantos azotes al miserable que así intervenía en los asuntos de sus amos. Pero la alegría y la felicidad nos hace tolerantes y hasta generosos, expresiones que el artista ha impreso felizmente en el rostro de las dos romanas.

Vifredo el Velloso, primer conde de Barcelona
El almirante Roger de Lauria
El canónigo Pedro Albert

Estatuas fundidas en bronce para decorar el Salón de San Juan, ingreso principal á la Exposición de Barcelona

Estas estatuas, fundidas en los talleres de los Sres. Comas, son obra respectivamente de los escultores Venancio Vallmitjana, Juan Reynés y Antonio Vilanova.

En todas ellas ha encontrado el artista manera de hacerlas expresar las cualidades características del personaje que representan. En cuanto á su elección fué realmente acertada: el bravo conde á cuya sangre se debe, según la leyenda, el blasón de Cataluña; el inteligente y bizarro marino que fué grande en un reinado como el de Pedro el Grande, y el erudito canónigo de la catedral de Barcelona que en el siglo XVI sentía y escribía con un criterio impropio del tiempo por lo elevado, merecieron sin duda los honores de la posteridad. Enalteciendo á los héroes de las armas, de la política, de las letras y de las artes, se emula á los pueblos. La ingratitud de éstos únicamente puede engendrar pigmeos en todos los ramos de la actividad humana.

OTOÑO, cuadro de Veyrassat

Un cuadro más, inspirado por una estación del año; la naturaleza reproducida una vez más por el arte.

Al decir un cuadro más, no pretendemos dar á nuestras palabras el tono desdeñoso con que cierto ministro español exclamó: - Un faccioso más, - cuando se enteró, ó le enteraron, de que el pretendiente había penetrado en España.

Cuando se trata de un cuadro como el de Veyrassat importa poco que su asunto haya sido más ó menos reproducido antes del Salón de 1888.

Después de todo, ¿á dónde ha de buscar el artista su inspiración si no es en el espectáculo de la naturaleza?

Y si la naturaleza no tiene sino cuatro estaciones ¿ha de exigirse del artista que invente la quinta para su uso particular?

La cuestión, en tales casos, no es de originalidad, sino de mérito. Precisamente describir una estación no es cosa tan fácil como criticar la falta de inventiva de un pintor.

En el terreno del arte existe una división que nadie puede rechazar; lo bueno y lo malo. Entre éste y aquéllo se interpone la muralla de la China.

Por fortuna, Veyrassat se encuentra del lado de lo bueno. El público cosmopolita de París lo ha declarado así muchas veces y recientemente al contemplar su cuadro titulado *el Otoño*.

LAUREANO BARRAU

Mi modelo. - Una página del álbum

LA RENDICION DE GERONA

Una mañana, hará tres años - recuerdo era domingo - que seguido de una docena de amigos me dirigía al Foro Romano á explicarles no sé qué grave misterio del pasado, al entrar por la vía del Tritone se nos reunió un joven, al parecer muy joven, bajo de cuerpo, de negros ojos, de profunda é inteligente mirada, amigo de uno de mis discípulos. Era uno nuevo. Acababa de llegar á Roma y se notaban en su vestido las huellas de largo polvoroso viaje.

Aun no tenía casa, ni se preocupaba de tenerla desde el momento que se enteró que había algo que aprender; no hacía media hora que había pisado este suelo y ya nos seguía, ya empezaba á estudiar: era Barrau.

La intensa atención que prestó á mis explicaciones y lecturas, su ademán concentrado, su frase breve, su paso seguro, menudo y rápido - propio de hombre que sabe donde va aunque ignore los lugares - me interesaron desde luego.

En los días siguientes le ví en la célebre academia libre de Gigi, construyendo figuras equilibradas y aplomadas, plumeando con rara y delicada fineza y atento siempre al trabajo, hablando poco y estudiando mucho, nerviosamente, el natural que tenía delante.

Amigo de mis amigos, nuevo en Roma y simpático él, pronto fuimos amigos... todo lo amigos que cabe entre un muchacho que entra con pie firme en la vida rebosando esperanzas halagüeñas y un hombre encanecido en las luchas del mundo, ablandado por trabajos y amante entusiasta de la juventud.

Barrau despertaba mi curiosidad y mi simpatía y me dediqué á estudiarle como se estudia un libro nuevo de forma original é inusitada; y según profundizaba más y más en mis estudios, más hondo me parecía el fondo de aquella interesante criatura.

Era opinión general entre los amigos, que Barrau trabajaba demasiado y á mí me parecía lo mismo. El estudio, la academia, el campo, la calle, la tratoria, el café... todos eran motivos de atracción y medios de aprender para Barrau que, tan luego como soltaba la paleta, asía del lápiz ó de la pluma y continuaba apuntando incesantemente líneas, grupos, detalles; observando con los ojos medio entornados valores y colores; buscando sin parar el medio de dominar el natural, de asimilarse las formas y el ambiente de los sitios por donde pasaba, sin pararse á fumar un pitillo.

Barrau no fuma; creo que ni piensa en comer, ni en dormir.

Este abuso inmoderado de hábitos de trabajo, más propio de un artista chino que de un artista latino, me llegó á alarmar; temí que tanto estudio pudiera indigestarse... que el detalle devorase su genio como el detalle de la política trastorna y cambia á la larga los hombres más serios y sesudos, y de personalidad en personalidad les lleva á la banda opuesta de aquella que de buena fe defendían, sin que ellos mismos caigan en la cuenta.

En diversas ocasiones le predicaba en este sentido cuando al llegar á su estudio me lo encontraba almorzando, sin cesar de pintar; con el pincelazo en una mano y la chuleta en la otra y el plato y la paleta sobre la gradilla. Pero Barrau se sonreía y me tranquilizaba con buenas palabras y con mejores obras, en las que, en efecto, no se notaba la confusión que era de esperar dado el procedimiento de producirlas. Al poco tiempo de estar en Italia las paredes de su estudio estaban literalmente cubiertas de notas de color, mejores unas que otras, de figuritas sorprendidas en medio del movimiento de la vida, de cabezas admirables; y sus carteras rebosaban soberbios dibujos, apuntes de bichos, de detalles; grupos tomados en el café, en la tratoria... quién sabe dónde.

Su primer cuadro grande de envió fué un *Descendimiento de la Cruz*. Muy ocupado yo por entonces con graves asuntos, no le ví pintar... me lo encontré acabado inesperadamente cuando suponía estuviese empezándole y me sorprendió muchísimo. Sin entrar ahora en el mérito intrínseco de la obra que es grande, lo verdaderamente notable de este lienzo era su carácter: me encontraba frente á un cuadro religioso del siglo XVIII, de esos que se admiran en las capillas de los palacios reales. Línea, color, concepto, manera, todo me resultaba un Carlo Dolce, con los encantos algo rebuscados de su estilo, con sus actitudes más bien elegantes que sentidas. ¿Cómo diablos, de dónde y por qué había salido aquel cuadro? Aun lo ignoro. Barrau por entonces desconocía hasta el nombre de Carlo Dolce, é ignoraba totalmente esta escuela de pintar; la casualidad sola le había llevado á producir aquella obra de otra edad... y esto, á decir verdad, me dió mucho qué pensar. Se habla con exceso de arte moderno, de adelanto y de otras lindezas; se desprecia no poco el barroquismo, la decadencia de los siglos XVII y XVIII; pero convendría, antes de comprometerse á criticar

esas páginas del arte, estudiarlas un poco, desapasionadamente y sin poner motes á la criatura, medir la profunda sima que separa el *esquetismo* moderno (páseme la frase) todo silueta y silueta seca y pelada, con la imaginación exuberante que brilla en esas obras de decadencia sin duda deficientes, pero henchidas todas de una grandiosidad y una belleza que ni siquiera sospechamos ahora. No hablando de las grandes producciones de los boloñeses, como el techo del palacio Farnesio de Caraci, ni de los grandes cuadros de Domenichino y del Guercino, como la *Comunión de San Jerónimo* y la *Santa Catalina* del palacio de los Conservadores, ni de la *Aurora* de Guido, ni de las obras maestras de esa grande etapa artística, sólo los cuadros de segunda fila de sus discípulos é imitadores, los frescos que decoran tanta iglesia y tanto salón, los cartones mismos de muchos tapices de autor desconocido... presentados hoy en una exposición, harían mucha sombra á nombres muy ilustres, mucha más sombra de lo que á primera vista parece.

Por estas y otras parecidas razones, el primer cuadro de Barrau me gustó y me dió qué meditar.

Ya me sabía yo que de tal muchacho, algo grande había que esperar, pero al ver su primera prueba temí se prolongara bastante la época de los tanteos y de las vacilaciones; aun me seguía figurando que la sobra de estudio daría por resultado un mosaico... pero me equivoqué.

Barrau se compró una magnífica tela gruesa sin preparar y empezó la construcción de su grande obra *La Rendición de Gerona*.

En un principio el lienzo se llenó de grupos y episodios; demasiados grupos y demasiados episodios. Resultaba la idea total poco expresada en fuerza de sumar expresiones diversas... pero el lienzo comenzaba á tomar proporciones de cosa seria y conmovedora... el ambiente era de desolación... en el fondo de aquella tela comenzaba á latir la tremenda epopeya catalana.

Poco á poco, como en las operaciones químicas, la totalidad se fué consolidando, la parcialidad fundiéndose en un todo armónico; era el pensamiento profundo del artista, era el genio que se abría paso, trabajosamente, al través de las tinieblas de las dificultades materiales; era la crisálida que rompía el capullo; era el último velo que con vigorosa mano desgarraba Barrau, ya mariposa libre, que alza su vuelo á las altas regiones del sentimiento y de la fantasía.

A mi vuelta de España, hace un mes, cuando entré en el estudio de Barrau, por más señas dando el brazo á mi querida amiga la ilustre Emilia Pardo Bazán, el cuadro estaba concluido... lo que faltaba diluir, diluído; como en las sonatas de Beethoven, como en las estrofas de Jorge Manrique, ni sobraba ni faltaba nota; lo que debía decirse estaba dicho, pero dicho con sencillez, energía y carácter.

Aquel mariscal á caballo con la gran cruz de Carlos III sobre el pecho es Augereau que respetuosamente saluda al mermado grupo de los heroicos defensores de Gerona que ante los franceses desfilan derrotados, hambrientos y maltrechos, pero sostenidos en sus fatigas y dolores por su inquebrantable valor. Miran á los franceses de arriba abajo como si fueran vencedores, no como vencidos, y es lógico, que no es vencer á un pueblo arruinarle á balazos, ahogarle con la fuerza numérica y reducirle por el hambre.

Salen pocos. Más de 10,000 quedan durmiendo el sueño de los justos en Gerona; sus cadáveres insepultos interceptan las calles y corrompen la atmósfera.

De entre el montón de ruinas sólo salvan la vida algunos millares de sombras, más bien aparecidos que seres reales, extenuados por la necesidad y el dolor... y aun miden á sus contrarios con miradas de orgulloso desprecio y aun protestan otros y desean perder en nueva pelea la poca vida que les resta.

No quiero contar el suceso; leed á Pérez Galdós. Además vosotros lo sabéis. Sois catalanes y debisteis aprenderlo de vuestras madres cuando os daban el pecho; debisteis beberlo con su leche hecha de sangre de las hijas de los héroes de Gerona.

El cuadro de Barrau expresa el asunto, y en verdad, en verdad el asunto no es fácil de expresar. Son demasiado grandes las figuras que nos lega esa historia, y aunque sucedido como quien dice ayer, es á numantino y á saguntino su sabor... Se nos figura ver titanes y no hombres, colmos de heroica locura, no razonables pensadores del siglo XIX.

En ninguna ocasión se impuso más el heroísmo que en esta ocasión. Esos franceses no son los vencedores; son los admiradores de Gerona... Miran conmovidos el desfile de aquellas indomables criaturas.

Es el amanecer del día 10 de diciembre; un amanecer blanquecino y brumoso. Las torres de Gerona están medio perdidas entre la neblina. La masa negra de la columna española sale por la puerta de Areny precedida por el grupo de paisanos con su negro estandarte ondeando al viento.

El suelo está endurecido por la escarcha... cubierto de restos de armas, de carros rotos, de cadáveres de las últimas sangrientas jornadas, de infelices á los que las fuerzas les faltaron para llegar más allá.

En el campo francés reina la inmovilidad... algo del rubor de la vergüenza.

En las huestes catalanas la resolución ciega, la obstinación, la protesta pronta á estallar... contenida á duras penas.

Todo esto hallaréis en el cuadro de Barrau; ¿no os basta? ¿vale la pena de meterse en otro género de críticas al menudo?... pues leed las cuentas del Gran Capitán.

La prensa italiana saluda á Barrau con un ¡Hurra! unánime... Saludemos nosotros con un aplauso entusiasta al ilustrador de los más bellos momentos de la última epopeya nacional!

LUIS DE LLANOS

También publicamos en el presente número la copia de una de las hojas del album de Barrau y un precioso dibujo, todo lo cual no dudamos que merecerá el agrado de nuestros favorecedores.

EXPOSICION UNIVERSAL DE BARCELONA

SALON DE BELLAS ARTES

III

Pasar á la sección extranjera después de haber visitado la española, es trasladarse á otro clima repentinamente con sólo trasponer una puerta. Cuanto muda con él, cambia de igual modo en la pintura, trasunto fidelísimo de todas las modificaciones que introduce la latitud en el cielo, en la luz, en las costumbres, en los gustos, y hasta en las tradiciones. No que no sea también brillante el color en muchos de aquellos cuadros que ocupan la sala de la derecha, pero ni esta brillantez es tan general, ni parecida á la nuestra. Los más vivos tonos tienen por lo común cierta delicadeza que excluye lo llamativo, cierta finura de cielo brumoso; son generalmente más exactos que pintorescos, si se entiende por pintoresco lo flamante. La luz solar deslumbradora y esplendorosa alumbraba rara vez el lienzo; las escasas excepciones que podrían citarse (no recordamos más que tres) parecen imitación de autores españoles. Por lo general, el paisaje es ocaso ó aurora, y las dos estaciones preferidas son la primavera, que es una aurora de unas cuantas semanas, ó el otoño, que es un ocaso de unos pocos meses: medias tintas, en suma, suaves, poéticas y tranquilas con todos los recursos que ofrece una gran variedad de matices. En estos paisajes, por otra parte, aparece, como no puede menos de ser, un cielo que no es nuestro cielo, con todas sus finuras opalinas, sus grises suavísimos, sus brumas de colores *insorprendibles*, y una campiña que no es nuestra campiña, con el verde tierno y húmedo de los extensos pastos que aquí sólo existen en contadas regiones. Tierras bajas, bañadas en una atmósfera acuosa, suelen ser el encanto del paisajista en aquellas cinco salas. En cuanto á los asuntos, tienen todos el parecido de familia que dan los mismos trajes en los campesinos por una parte, y las tradiciones nacionales por otra. Por cada rebaño de nuestras salas, hay cinco en las extranjeras; el desnudo femenino caracteriza á la primera ojeada la sección francesa; la vida doméstica, los interiores, figuran en mayor número que entre nosotros. De las tradiciones de escuela ó de taller, en absoluta disparidad con las nuestras, asoman aquí y allí algunos ejemplares, que chocan de pronto con los hábitos de nuestra mirada. Aquella nota gris que se esfuma hasta interponer una gasa molesta entre el lienzo y el espectador, aparece todavía en algún cuadro; la carencia ó la menor cantidad posible de color, dejando al descubierto toda la corrección académica y firme del dibujo, tiene su modelo en alguna pintura decorativa. Los asuntos mitológicos tientan aún. Si estas diferencias son notables en una colección reducida de cuadros, que no se habrán elegido con el intento de mostrarlas, ¡qué no sería en una exposición donde figurasen obras en gran número!

En cuanto al concepto que el espectador se forma de estas salas, no puede ser gufa ninguna para juzgar de las artes extranjeras. En primer lugar, sólo figuran tres naciones: Francia, Alemania y Bélgica, y con sólo tres salas la primera (la que ha traído mayor número de cuadros), dos la última, y unas pocas obras la segunda. Como en nuestra sección faltan algunas firmas notables, en la francesa y la belga existen pocas, muy pocas de primer orden: abundan las obras regulares, y aun las hay rematadamente malas y risibles, lo propio que en la nuestra. Examinadas en conjunto las de un mismo nivel, se distinguen por un dibujo más firme y más sólido, mayor variedad y naturalidad en las posturas, cierta belleza y pureza de líneas de una educación artística más esmerada que la común por acá. En las obras excelentes este dibujo alcanza una perfección encantadora.

El color, vigorosísimo en los pocos lienzos notables, se aparta en absoluto de la *manera* y oculta por completo el esfuerzo: lo pintado no existe: la simplicidad en la pincelada se observa en algunos cuadros que citaremos luego. Por fin, cuando la obra merece pleno elogio, resplandece en ella el exquisito gusto de una civilización refinada, que se adelanta á nosotros un cuarto de siglo.

Recorramos brevemente las salas, y citemos al pasar los cuadros que más nos llaman la atención. ¡Quién sabe si sus autores ó sus amigos tendrían que sorprenderse en

algún caso de la elección y de las exclusiones! Hay todo un estudio digno de hacerse en estos cambios bruscos del termómetro artístico en distintas latitudes, y en esta indiferencia con que tropiezan ciertas convenciones fuera de su país.

En la primera sala (sección francesa) figuran alternando con los cuadros al óleo, algunas medallas notables de Patey, grabados en piedra (coralina, sardónica, etc.) de Vaudet y Gaulard, y esmaltes y miniaturas de Lagoderie y Pinés de Mesbitz. Hay también algunos agua-fuertes excelentes, entre los que se distinguen á mi ver por superiores los de Decis y Teissonieres, y los grabados de Lamotte. Las aguadas nada nos enseñan. De los carbones, uno hay de Allongé, y otro de Dornois, bien hechos. Pero lo más notable de esta sala, es el retrato de la Beaury-Saurel á lápiz, por la misma autora, y un bodegón de Zakaviay al óleo, uno de los trozos de pintura más admirado por los artistas.

La sala segunda, la que contiene mayor número de cuadros, es la de los mejores. Se distinguen en primera línea, el soberbio estudio de Roll, tan admirable por la fuerza esplendente de la luz y la vida de su color, y por la robustez y firmeza de su dibujo. Viene luego un paisaje de Beauverie, magnífico y simplicísimo, ejemplo del singular talento de ocultar la pintura de que hablamos más arriba. A esta sigue la *niña* de Deschamps, que debía citar antes y merece un paréntesis. Basta esta indicación para que el lector, si asistió á la Exposición, comprenda á qué cuadro me refiero. Aquella infeliz criatura muerta de hambre y de frío, que envuelta en harapos tiende la demacrada mano al espectador, y adelanta sobre un fondo oscuro su cara macilenta y sus ojos azorados; aquella imagen exacta de la miseria y del dolor, conmueve á cuantos la miran y ha obtenido un éxito de *compasión*, si cabe decirlo; tal es la fuerza de sentimiento que el autor ha sabido comunicarla, también con una simplicidad y vigor en el toque realmente sorprendentes. En la Exposición de París de 1867, si no recuerdo mal, sucedió algo análogo con una estatuilla de un mendigo; la gente dió en el singular capricho de hacerle limosna, como si fuese una persona viva, y la mano de mármol se convirtió en una especie de cepillo para los pobres. Si la *niña* de Deschamps fuese de bulto, en breve ocurriría lo mismo aquí. Hasta los empleados de la casa participan ya de la admiración permanente que ven desfilar por delante de aquel cuadro.

Hay en la misma sala, como notable muestra de un género incomprensible para nosotros, el *Printemps de la vie* de Pierret, de una simplicidad que pretende ser expresiva pero que toca en la pobreza, y de tan descoloridos y esfumados tonos que si pueden ser la admiración de los pintores, nunca fijarán aquí la atención de los más. Un aldeano y una aldeana, dos figuras toscas y pesadas, pero cuya actitud tiene, si cabe decirlo, la placidez de la castidad, se abrazan y besan puramente, bajo un cielo azul y terso donde despuntan las primeras estrellas, en medio de un terreno árido de un solo color, con algunas chozas (el hogar) en el fondo. A poco de contemplar la composición, á nadie escapa la melancolía serena del conjunto, y la impresión tranquila y poética que el pintor quiere comunicarnos con aquella pintura lisa, sin accidentes, desarrollando sobriamente su tema con unas pocas notas. Pero esta impresión se alcanza imaginando y filosofando el cuadro más que viéndolo, y no se ajusta á nuestro modo especial de sentir.

Más en armonía con su asunto, parece un procedimiento análogo en el lienzo de Dawant, *La Barca de San Juan hospitalario*, donde si el color es también apagado y hasta parece convencional, el dibujo es excelente y la composición grandiosa é interesante por sí y perfectamente ejecutada: una de aquellas, en suma, que reproducidas en grabado sorprenden por lo bellas y expresivas, y causan relativo desencanto cuando se ve su original al óleo.

Esta mayor destreza en componer — que ya hemos notado — se observa de igual modo en el cuadro fantástico del *Don Juan*, y la mayor solidez y corrección del dibujo en el mismo, y en una *mujer con una bandolina* de Moreau de Tours, que no es sólo un magnífico trozo de pintura, sino una beldad de preciosos contornos, con pecho, manos y pies encantadores y bellamente modelados. Y lo propio puede decirse de una *Judith* (?) de Saint-pierre, expresiva y altiva, y de firme dibujo.

Entre los cuadros menores, las ninfas desnudas de rigor, las imitaciones de Bretón, las aldeanas fruterías, los paisajes más comunes, en los cuales aparece cierta filiación de escuelas de museo, se distinguen de pasada un *puerto*, con mucho sol y vivaces colores de Dauphin, y un paisaje soleado también y con tonos morados en las sombras, de Monténard, que son las que se podrían decir imitaciones de nuestros adoradores de la plena luz, á que antes nos referíamos; hay también, como nota excelente, una *Matinée de printemps* de Iwill, una *Odalisa* de Bouchard, y una *Calle*, cuyo autor ignoro, que por la suma exactitud en la copia recuerda algo de nuestro paisano Russiñol.

En la sala tercera es forzoso contemplar largamente ante todo, el cuadro que con el *Faim et froid*, de Deschamps, compartirá la admiración en este concurso: es un retrato de mujer por otra mujer, la Beaury-Saurel. La figura, de perfil, vestida de negro y sencillamente, con un libro en la mano y ambas caídas sobre las rodillas, destaca sobre un fondo de oro viejo. El modelado y la expresión del busto y las manos son perfectos, la postura excelente; el sentimiento de severa melancolía, de digni-

dad y firmeza, atraen con no sé qué misterio; la simplicidad exquisita del conjunto parece la del ideal del retrato. Sin conocerlas, se diría resaltar en éste el carácter de la retratada y el de la artista.

Muy cerca de allí está otro paisaje de Beauverie, con figuras inferiores al cielo del fondo; otro cuadrado de Sain, notable (una pareja junto á una puerta), y la *Mort de Pichegru*, por el ya citado Moreau de Tours, modelo en el arte de dibujar, de componer y de comunicar expresión á las figuras sin faltar á la espontaneidad y á la naturalidad. Con ésta y la gran pintura decorativa de Lafon, ejemplar de un género que no podía faltar en una exposición francesa, puede darse por terminada su visita. Poco verdaderamente notable habremos dejado de apuntar, si no yerra el juicio ó la memoria.

En uno de los muros de la sala cuarta se lee un rótulo, *Alemania*, sobre unos cuantos cuadros de museo particular, antiguos ó anticuados, que no despiertan ningún interés.

Las demás paredes y la sala contigua las ocupa Bélgica, que presenta entre lo más notable, un paisaje literalmente delicioso, de Denduyts, en que la poesía y la fantasía se mezclan con la verdad, con la singular maestría de la factura; otro de Prater; otro de Lamoriniere, el célebre rebaño admiración de los artistas, portentoso de verdad; otros de Vanleemputten, no menos encantadores, y dos cuadros de figura del famoso De Vriendt, nueva prueba de lo que alcanza el esmero en el dibujo y en la elección y composición del asunto entre los maestros extranjeros. En ambos, y particularmente, por ser mayor su tamaño, en el *Carlos VI*, la pureza de líneas y la noble belleza de aquellos personajes en elegantes actitudes, son otras tantas muestras de sólidos estudios y depurado ideal. Del propio modo los singulares cuadros de Georgette Meunier, en que se reproducen casi en una sola nota blanca y gris algunas prendas y joyas de una novia, prueban los portentos de verdad y de *trompe-l'œil* que logra la paciente copia del natural.

J. YXART

EXPOSICION UNIVERSAL DE BARCELONA

EN EL PALACIO DE LA INDUSTRIA

(Artículo segundo)

GALERIA NÚM. I. — (Continuación)

I. — China

Cuando el Celeste Imperio nos era menos conocido que ahora, usábase corrientemente la frase: «le han engañado como á un chino.»

Los chinos á quienes se engañaba tan fácilmente, según el dicho popular, debían ser chinos distintos de los que han expuesto sus productos en nuestro gran certamen; porque en cuanto á éstos se nos figura que así se dejan llevar ellos de las narices como el más experto chullán sevillano. Por de pronto se han instalado sin gastos, bastante á la ligera, como si dijéramos una instalación de campaña, de tal suerte que cuando hayan hecho su negocio, que lo están haciendo indudablemente, podrán decir de su palitroques: — Ahí queda eso.

La sección china, en el vasto recinto del *Palacio de la Industria*, notable principalmente por el lujo y buen gusto con que los productos han sido instalados, nos causa el efecto de una parada de mercaderes ambulantes que establecen en los anaqueles de un tenducho quebrado un baratillo de desechos. Y sin embargo, no se trata de desechos ni de baratillos, sino de artículos generalmente de mucho precio y que tienen el privilegio de llamar con justicia la atención general.

Todos conocemos, mal dicho, todos desconocemos casi por completo la historia de esa apartada región que, replegada en sí misma, ha vivido durante más siglos que otro pueblo alguno la vida del retraimiento y aun del aislamiento absoluto en sus actos políticos y económicos. Hablar de la China era, hasta hace poco, hablar de la luna: rarísimos eran los europeos que habían atravesado la famosa *Muralla*, detrás de la cual eran tratados como unos espías en tiempo de guerra. Sabíase apenas que el titulado *Hijo del Sol* extendía su poder despótico é incontrvertido sobre muchos millones de hombres; que el egotismo del Estado había producido una civilización totalmente distinta de la europea; que los ingleses hacían con China un comercio de contrabando y poco humanitario; y finalmente, por algunas chucherías que de tarde en tarde nos llegaban de ese apartado territorio y que recibíamos generalmente por conducto de nuestros hermanos de Filipinas, veníamos en conocimiento de que aquellos representantes principales de la raza amarilla fabricaban objetos de porcelana, bordaban primorosamente con sedas de colores finísimos mantones de crespón y trabajaban el marfil como si fuese blanca cera. Más allá de esto todo se volvía misterio, cabiendo aplicar al caso con toda verdad aquello de: á luengas tierras luengas mentiras.

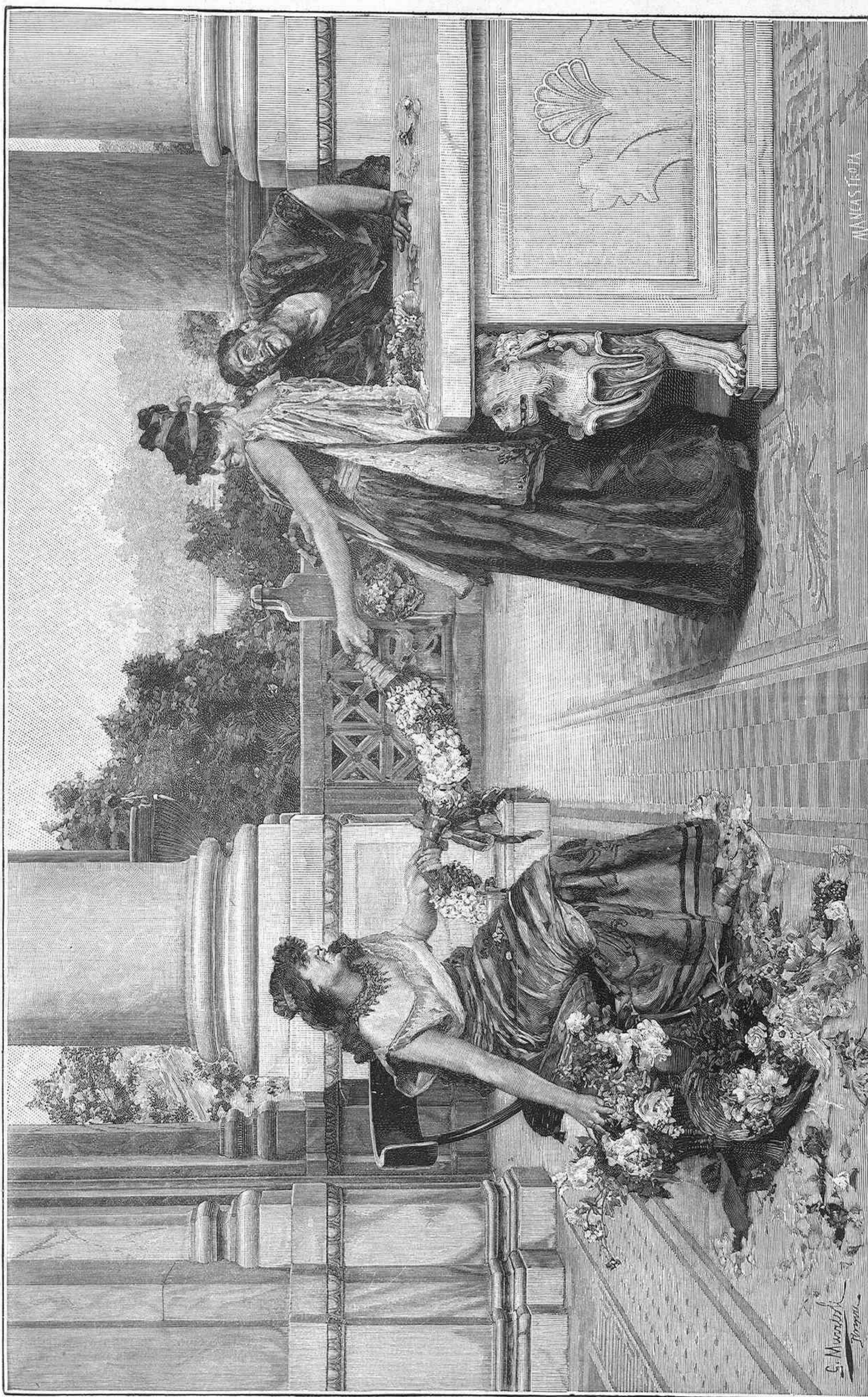
Semejante estado de cosas no podía prolongarse: dentro de las fórmulas de la civilización moderna, los pueblos en que el comercio fija la vista, ó han de dejarse persuadir y entrar en el general concierto ó han de resignarse á ser exterminados. Y he aquí cómo gracias en parte á los buenos oficios de los misioneros y de los diplomáticos y en parte á la poderosa argumentación de



UNA PÁGINA DEL ALBUM DE BARRAU, copia fotográfica del original



RENDICIÓN DE GERONA. 1809—COPIA FOTOGRAFICA DEL CUADRO PINTADO POR DON LAUREANO BARRAU, GRABADA POR M. WEBER



PREPARATIVOS DE FIESTA, cuadro de Juan Muzzioli

la artillería, el Celeste Imperio ha debido franquear algunos puertos y abrir una pequeña rendija siquiera en la formidable muralla de la China por donde se ha establecido el cambio de productos, que es el objetivo de los pueblos más adelantados y fuertes. Los productores chinos nada han perdido en ello y es de esperar que las ventajas hasta el presente obtenidas con la venta de sus artículos les anime á activar su movimiento mercantil con Europa.

Esos artículos de producción china son bastante similares á los japoneses, pues consisten principalmente en tejidos, bordados, muebles incrustados y maqueados, porcelanas y marfiles trabajados. Pero, seamos justos: si el Japón puede competir hasta ventajosamente con China en la fabricación y decoración de las porcelanas, en la perfección de los demás artículos citados no puede sostener esa competencia. Los biombos y pantallas que han expuesto los bordadores chinos no tienen igual en nación alguna: es imposible dibujar con más elegancia, combinar con mejor gusto los más vivos colores y mostrar obras que representen una suma de trabajo portentosa con mayor igualdad y limpieza ejecutado. Hay entre los objetos expuestos un tapiz ó cortinón de raso blanco bordado con sedas de colores que es un prodigio de labor manual.

No son menos admirables los trabajos del marfil, en los cuales, aparte la elegancia del dibujo, es de admirar un arte y una factura que ningún fabricante europeo ha podido imitar siquiera. Aquellas filigranas en que se confunden paisajes, figuras humanas, hojas y flores, con una prodigalidad de minuciosos detalles que solamente puede descubrir una vista muy sutil, han dado que pensar si los chinos poseen algún procedimiento para convertir en pasta blanda los duros colmillos del elefante; suposición no confirmada hasta el presente. ¿Estará el secreto quizás en los instrumentos del trabajo? ¿Se producirá éste á pura paciencia y habilidad del artífice? Esto último nos parece lo más probable, por inverosímil que parezca.

Los muebles incrustados y maqueados son asimismo modelo de ejecución acabada. En suma, si China no ha exhibido productos que dejen formar concepto de su industria utilitaria, á la vista de sus objetos suntuarios hemos de deducir que posee una civilización hasta refinada.

Los artículos citados y el te son lo más saliente de esta instalación; sus demás artículos carecen de importancia y hasta como elaboración distan mucho de encontrarse á igual altura.

II. - Paraguay. - Chile. - Ecuador. - Bolivia

No es ahora la ocasión oportuna de discutir si nuestra Exposición Universal podía realizarse en las condiciones que la imponían los pies forzados que el Municipio barcelonés heredó de un concesionario cuyo propósito continúa siendo un misterio. Ello, sin embargo, es indudable que aquellas condiciones, entre otras la deficiencia de tiempo, habían de producir sus inevitables resultados. Acudir á una Exposición Universal, cosa es que requiere preparativos, si la nación concurrente no quiere pasar desapercibida en el certamen del mundo industrial, ó si los productores no se limitan á exhibir algunas muestras de su ingenio relegadas al olvido en almacenes; como ha sucedido en nuestro caso tratándose de naciones de primera fuerza industrial.

Y si el inconveniente de falta de tiempo había de dejarse sentir entre los elementos europeos ¿cómo no había de producir aún más negativas consecuencias entre los productores de los pueblos allende el mar? Si á la circunstancia de que la invitación debía llegar mucho más tarde y de que la distancia á recorrer por las remesas era mucho mayor, se agrega que casi todos aquellos pueblos no se encuentran permanentemente en estado de aceptar un sitio de honor en tales certámenes; se comprenderá que las naciones de Ultramar ó no hayan concurrido al de Barcelona ó lo hayan hecho en proporciones deficientes para dar completa idea de sus adelantos en el camino de la civilización universal.

Hemos, pues, de agradecer á todo evento el concurso que nos han prestado las Repúblicas americanas, no sólo porque han demostrado su buena voluntad cuando menos, sino porque gracias á aquél podemos apreciar algo de lo mucho y bueno que produce su territorio y su industria.

La impresión general que causan sus instalaciones confirma el concepto de que, hoy por hoy, el carácter de sus productos es esencialmente agrícola. La grande extensión de sus territorios y los ricos frutos que de ellos se obtienen sin grande esfuerzo, son causa de que su actividad se emplee casi exclusivamente en cultivar el suelo, lo cual es de suponer continuará mientras un exceso de población, del cual se hallan muy distantes, no las obligue á emplear brazos en la elaboración de artículos propiamente industriales. Todos sabemos que América abunda en lo que llamamos frutos coloniales, que éstos son verdaderamente ricos, que Europa hace de ellos un consumo extraordinario, gracias á que su suelo no los produce, y que la tendencia de aquellos gobiernos es atraer la inmigración hacia sus Estados, pues la falta de cultivadores tiene improductivas inmensas regiones que contienen verdaderos tesoros. En semejante situación económica nada tiene de particular que la industria se desarrolle escasamente en esas naciones, prefiriendo recibir artefactos elaborados en Europa á cambio de frutos indígenas de

que su naturaleza es tan pródiga y que dan lugar á un comercio sumamente activo.

Esta carencia de industria que si no es total en la universalidad de ramos, lo es en muchos y resulta exigua en todos, ha llamado la atención de los fabricantes europeos y una vez más la Exposición Universal de Barcelona despertará en los catalanes cuya actividad es proverbial, la idea de introducir la industria manufacturera en esas apartadas regiones. Problema es este de muy difícil resolución: á nuestro entender la idea es cuando menos prematura. La industria propiamente dicha es la última etapa de los pueblos, y la historia demuestra que raras veces ha prosperado en los países donde no existe excedente de población. Establecer en esas regiones aquellas industrias directamente enlazadas con los productos del suelo, desarrollar y perfeccionar las que en este concepto se hallan ya establecidas, cabe que dé y daría sin duda prósperos resultados. Más allá de esa esfera de acción es muy posible no pasara actualmente de una aventura harto peligrosa. Dejemos á la vieja Europa, cuyas necesidades materiales no puede satisfacer su esquilmado suelo, que aguce el ingenio en el terreno azaroso de la industria; bien sabe ella los disgustos, los peligros, las catástrofes á que su ejercicio da lugar; y envidiemos en buen sentido á esa virgen América que tan espléndidamente corresponde á los afanes del agricultor.

Concretándonos ahora á las muestras que nos ha remitido, diremos que el Paraguay, en elegante instalación, ha presentado granos y frutos de los comunes á las regiones americanas, labores femeninas en las que prevalecen los bordados y crochets, maderas, buen tabaco y una colección de aves, cuadrúpedos, cuadrumanos y reptiles indígenas, entre los cuales sobresale un magnífico Yacaré (cocodrilo), cuyo encuentro debe ser poco agradable para los que se bañan en sus aguas.

Chile expone variada colección de granos, maíz, habichuelas, mijo, lentejas, bayos, frijoles y otros. Expone, asimismo, harinas bien fabricadas, cera, almendras, nueces, pasas, vinos y licores de agradable aspecto, demostrando que los productos de su suelo son tan varios como de calidad excelente. No son menos notables las muestras de sus distintos minerales, especialmente los cobrizos, de que ha presentado bastantes ejemplares, algunos con mezclas que más los avaloran.

Expone el Ecuador preciosas especies de cacao, café y azúcar, minerales de antimonio, cobre en variedades, la gris muy notable, una curiosa colección de reptiles de su suelo y una cabecita de madera, cubierta con la piel de un hombre, provista de abundante cabellera negra, preparada según el procedimiento de los indios gíbaros.

Bolivia, finalmente, ha exhibido minerales, prendas que constituyen el traje harto ligero de algunas tribus de aquel país, en que las plumas reemplazan generalmente á las telas, pieles muy bien preparadas y unas muñecas bastante primitivas vestidas á usanza de aquel pueblo.

En resumen, las Repúblicas américo-españolas han hecho simple acto de presencia. De todos modos es de agradecer su concurso que, aparte de darnos una idea de sus productos, demuestra una fina correspondencia á la invitación que les fué dirigida.

III. - Egipto

Este país ha hecho una sola instalación, y ciertamente de muy escasa importancia. Rosarios de Oriente, mezquinos trabajos de conchas marinas y objetos de escaso mérito y ningún valor, que estamos cansados de ver en los escaparates de las más humildes tiendas y en las mesas ambulantes de las más vulgares ferias, son lo único expuesto por la vieja nación de los Faraones. Si hubiésemos de juzgar de su estado industrial y de su riqueza natural por semejantes muestras, formaríamos de ese pueblo un concepto harto pequeño. Preferimos decir que Egipto no ha concurrido á la Exposición y que su instalación única representa sencillamente la personalidad de su dueño. A pesar de todo, nunca faltan mirones en la mesa de las chucherías egipcias.

IV. - Portugal

Lo que de Egipto hemos dicho cabe aplicarlo á Portugal, cuya indiferencia por nuestra Exposición es menos excusable. Ha exhibido únicamente escasas muestras de vinos, aceites, mármoles, losetas para pavimentos, abonos y fotografías; todo con una modestia que haría pasar desapercibidos los artículos portugueses en la galería primera, si no existiese un gran rótulo en la pared, donde en vistosas letras dice: PORTUGAL.

Francamente nos lamentamos de la exigua representación portuguesa. Nuestros vecinos debieran haberse mostrado más solícitos en este caso, porque al fin y al cabo en España se les quiere bien y nadie desconoce en ella que, españoles ó portugueses, venimos de un mismo origen, representamos ó debiéramos representar unos mismos intereses, y quizás llegue un día en que el cariño y la mutua conveniencia puedan volver á realizar lo que la naturaleza y la política habían obrado muy sabiamente antes de ahora. Portugal vale más, mucho más de lo que pudiera creerse á juzgar por nuestra Exposición. Si su industria es tributaria principalmente de la industria inglesa, no por ello su suelo carece de productos de que hacer alarde. A pesar de ello, á pesar de su vecindad con España, que favorece la exportación de sus artículos, apenas cuatro ó seis exposi-

tores nos han dejado, digámoslo así, tarjeta de visita. Bienvenidos sean estos pocos: ellos podrán atestiguar que Barcelona no ha sido tratada con la misma frialdad por todas las naciones extranjeras.

(Continuará)

LA VERDAD Y LA MENTIRA

POR DON CÁRLOS COELLO

(Conclusión)

PETRUCCIO (después de haber contemplado atentamente á Blanca)

Esta amazona es verdaderamente varonil y aunque algo tarde tengo un verdadero gusto en reconocer que al señor Rambaldo le perjudicaba el contraste.

EL DUQUE

Y ¿puede saberse, señoras, por qué no os descubris?

RAMBALDO (á Blanca)

Descubríos, que yo tengo hambre y sed de ver vuestro rostro.

JULIETA

Yo he permanecido con el antifaz puesto sólo para que Su Alteza que me ve todos los días, descansara un poco de verme. (*Se descubre.*)

EL DUQUE

¡Julietta!...

RAMBALDO

¿Es Julieta?

EL DUQUE

¡Qué hermoso, pero qué largo eclipse de sol!

RAMBALDO (á Blanca)

Pues ¿quién sois vos entonces?

BLANCA (quitándose el antifaz)

Una antigua é indulgente amiga vuestra.

RAMBALDO

¡Blanca! (*Cae desmayado dándose un enorme batacazo. Todos se acercan á él.*)

EL DUQUE

¿Qué ha sido eso? ¿Qué ha ocurrido?

BLANCA

Nada, que el Sr. Rambaldo no puede con tanto hierro encima.

EL DUQUE

Desconchad ese galápago y llevadlo á su madriguera. (*Varios criados se llevan á Rambaldo.*)

JULIETA

(¿Qué hará Constanza? En el baile no está. Aunque quisiera ocultarse de mí, yo la adivinaría al observar el primero de sus movimientos.)

ESCENA VII

Dichos y Constanza disfrazada de paje.

CONSTANZA (avanzando resueltamente y deteniéndose cuando observa el gran número de personas que rodea al Duque)

(¡No hay medio de acercarme á él!)

EL DUQUE (reparando en Constanza)

(¿Quién será ese airoso paje?)

JULIETA

(Ese pie... ese ademán... Juraría que es Constanza.)

EL DUQUE

Avanzad, mocito, y decidnos á quién buscáis.

CONSTANZA

Busco á Vuestra Alteza.

EL DUQUE

(¡Es ella! No hay disfraz posible en la voz de la persona querida.)

CONSTANZA (adelantándose y sacando un pliego de la escarcela)

Traigo encargo de hacer llegar á Vuestra Alteza esta carta.

JULIETA

(¡Es Constanza, ya no me cabe duda! El amor es muy ingenioso, pero nada puede haber oculto para los celos.)

EL DUQUE

(abriendo el pliego y leyendo para sí con mal reprimida alegría)

«La persona que os entregue esta carta será la misma Constanza, cuya felicidad está en vuestras manos.» (*Abandonando la lectura y estrechando la mano del fingido paje*) Gracias, mancebo, gracias. No sabéis cuánto os agradezco la noticia de que sois portador. (*Habían en voz baja.*)



EL CANÓNIGO PEDRO ALBERT, obra escultórica de Antonio Vilanova



VIFREDO EL VELLOSO, obra escultórica de Venancio Vallmitjana

Estatuas fundidas en bronce para decorar el Salón de San Juan, ingreso principal á la Exposición de Barcelona

JULIETA (aparte y rápidamente al bufón)

Petruccio, acércate á ese paje y procura conocerle... Lee si puedes la carta que ha traído al Duque... Aquí hay un misterio por cuya clave daría Su Alteza veinte años de vida: su raro capricho de obligarte, con tantas amenazas, á decir la verdad en cuanto hoy te pregunte, no tiene otro objeto.

PETRUCCIO (con algún recelo)

¿Quién os lo ha dicho?

JULIETA (mirándole con desprecio)

¡Imbécil! ¿quién me lo había de decir! Él mismo.

PETRUCCIO

¡Él! ¿Luego vos sois...?

JULIETA

Yo soy cuanto se me antoja.

PETRUCCIO

Gracias por el aviso.

CONSTANZA

(Disimulad, señor... Todas las miradas están fijas en nosotros.)

EL DUQUE (á los cortesanos)

La Duquesa me escribe rogándome que presente á las damas que honran mi fiesta este caballero á quien mi esposa asegura estimar mucho... Pero, no sé por qué, presiento yo que hay aquí una broma, mejor ó peor intencionada de la Duquesa y me atrevo á rogaros que me ayudéis á descubrir el significado de tan peregrino mensaje.

CONSTANZA (aparte al Duque y con angustia)

(¡Acabad de leer mi carta, señor!)

EL DUQUE

(Sólo la interrumpí para distraerlos y probar si erais conocida.) (Retirándose á un lado y prosiguiendo la lectura. Los cortesanos rodean á Constanza.)

JULIETA (á Petruccio)

(¡Esta es la ocasión!) (El bufón se acerca disimuladamente al Duque y colocado detrás de él consigue enterarse del contenido de la carta de Constanza.)

EL DUQUE (leyendo)

«La persona que os entregue esta carta será la misma Constanza, cuya honra, cuyo reposo y cuya felicidad están en vuestras manos. La noticia de lo ocurrido anoche ha llegado hasta la casa de mis padres: ellos, como toda Ferrara, me creen vuestra manceba y me niegan estimación y apoyo. No me queda otro recurso que morir... Pero no quiero morir: amo la vida porque, sabedlo ya, la vida para mí sois vos y estoy dispuesta á seguirs hasta el fin del mundo con la única condición de que me saquéis de este infierno. Un cuarto de hora después de leer estos renglones esperadme en los jardines: desde allí partiremos hacia donde vos queráis.» - ¿Esto es un sueño ó la realización del mejor de los míos?

PETRUCCIO (á Julieta)

El paje es Constanza; Constanza se confiesa enamorada del Duque y cita á Su Alteza en los jardines ofreciéndose á seguirle con la única condición de que él la robe.

JULIETA

¿Estás seguro?

PETRUCCIO

Lo he leído con mis propios ojos.

JULIETA

Pues un solo encargo debo hacerte si estás bien con tu pellejo...

PETRUCCIO

Ni una palabra de esto; yo lo sé.

JULIETA

¡Al contrario! Debes decir cuanto sepas, sea lo que

fuere. A tu imprudencia de anoche debe el Duque su triunfo de hoy. Esa mujer ha caído porque su fama la ha arrastrado al caer: prosigue tu obra,

EL DUQUE

(Hay que preparar un carruaje que nos espere en las afueras de la ciudad. Creo que nadie ha sospechado nada, pero nunca está de más asegurarse.) ¡Petruccio!

PETRUCCIO

Señor.

EL DUQUE

Necesito que me averigües quién es este caballero que me recomienda la Duquesa mi esposa. Descubro en su mensaje cosas que no se compaginan muy bien, y tratándose de averiguar la verdad, acudo á tí, confiado de que me dirás cuanto sepas.

JULIETA

(con alegría que apenas puede reprimir, aparte á Petruccio)

¿Lo ves? Él mismo te marca el camino que has de seguir.

CONSTANZA

(Señor, yo me ahogo aquí. En el jardín os espero.)

ESCENA ÚLTIMA

Todos menos Constanza.

EL DUQUE

¿Tú sospechas, Petruccio, quién pueda ser ese pajecillo?

PETRUCCIO

Señor, no sólo lo sospecho, sino que lo sé perfectamente.

EL DUQUE (mirándole con fijeza)

¿Lo sabes?

PETRUCCIO (rápidamente y con voz baja al Duque)
(Lo sé, nada temáis, conozco vuestra intención y haré que se logre.)

EL DUQUE (con afectada indiferencia)
Y ¿quién es el pajecillo?

PETRUCCIO
El pajecillo...

JULIETA (al oído del bufón)
(Habla sin rebozo.)

PETRUCCIO
El pajecillo no es pajecillo.

EL DUQUE
Pues ¿qué es?

PETRUCCIO
Es una mujer disfrazada de hombre.

EL DUQUE
¿Cómo?...

JULIETA (aparte á Petruccio)
(¡Así va bien, así va bien!)

EL DUQUE
¿Y conoces el nombre de esa mujer disfrazada?

PETRUCCIO
¡Vaya si le conozco!

EL DUQUE
Y ¿te atreverás á decirlo?

JULIETA
(No titubees.)

PETRUCCIO
(Parece enfadado.)

JULIETA
(Porque le irrita tu indecisión.)

EL DUQUE
¡Ay de tí si te apartas en lo más mínimo de la verdad en cuanto yo te pregunte esta noche!

JULIETA
(¿Lo ves?)

PETRUCCIO (temblando)
Perdón, señor; ¡lo diré todo! Conozco á esa dama... Es Constanza, camarista de la Duquesa vuestra esposa... Está perdidamente enamorada de vos... Mi ligereza de anoche la ha comprometido á los ojos de toda la corte y de su propia familia... y disfrazada de paje ha venido á traeros esa carta donde os confiesa su pasión y os cita en

los jardines de palacio para ir con Vuestra Alteza donde Vuestra Alteza quiera llevarla. (*Estupefacción general*).

EL DUQUE
(que desde las primeras palabras de Petruccio comenzó á exaltarse, no puede contenerse y se lanza al bufón ciego de cólera)

¡Infame!... A ver... ¡Pronto!... ¡Miserable! Prended á este sapo venenoso antes de que yo le aplaste la cabeza



EL ALMIRANTE ROGER DE LAURIA, obra escultórica de J. Reynés

con mis pies. ¡Mi guardia! ¡Prendedle! Queda sin efecto su indulto y en pie su sentencia. Mañana, al amanecer, será ahorcado en la plaza principal de Ferrara.

CORTESANO 2.º
¡Señor!...

EL DUQUE
Y con él quien se atreva á interceder en favor suyo.

PETRUCCIO (fuera de sí)
¡Esta es una injusticia que clama al cielo! Ayer hablé mal espontáneamente de una mujer que todavía era buena y mi falta indisculpable fué perdonada por el Duque. Ahora me manda decir la verdad, y la digo... y puedo probarla porque Constanza espera en el jardín, la carta que el Duque tiene en la mano demuestra la exactitud de mis afirmaciones, y...

EL DUQUE
¡Que no aguarden á mañana! ¡Que lo ahorquen ahora mismo! ¡Pero ahora mismo!

(Varios cortesanos se llevan á Petruccio, que sigue gritando: «¡Esto es una injusticia! ¡Una maldad! ¡Una infamia!»)

EL DUQUE (arrugando entre sus manos la carta de Constanza)

Este imbécil ha hecho imposible para mí la posesión de esa mujer. Sería yo el último de los hombres si abusara de la situación en que la hemos puesto... Sería hasta indigno del amor que me tiene si no la justificase á los ojos de todo Ferrara.

CORTESANO 1.º á Julieta.

¿Vos os explicáis tanta blandura antes y tanto rigor ahora?

JULIETA

Pues es muy sencillo. Antes le perdoné porque al sostener Petruccio que Constanza había concedido una cita al Duque, mintió como un bellaco; ahora le ahorcan porque ha dicho lisa y llanamente la verdad. La mentira es agradable á menudo; la verdad, rara vez se puede sufrir.

EL DUQUE (reparando en Julieta y yendo hacia ella)

Hermosa Julieta... Cogeos de mi brazo... Ayudadme con vuestro ingenio á encontrar manera de salvar á Constanza.

JULIETA

Constanza es mi mejor amiga, señor Duque.

EL DUQUE

Pues por eso os ruego...

JULIETA

Descuide Vuestra Alteza: la salvaremos... aunque para ello sea preciso que me pierda yo.

CARLOS COELLO



OTOÑO, cuadro de Veyrassat

Quedan reservados los derechos de propiedad artística y literaria.
BARCELONA. — IMP. DE MONTANER Y SIMÓN